



SERIE ELLA 1

JODI ELLEN  
MALPAS

# SOLO PIENSO EN TI

JODI ELLEN MALPAS

# SOLO PIENSO EN TI

(Serie Ella 1)

Traducción de Vicky Charques y Amparo Gresa

Título original: *This Woman*

© Jodi Ellen Malpas, 2022. All Rights reserved

© por la traducción, Vicky Charques y Amparo Gresa (Prisma Media Proyectos, S. L.), 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2023

ISBN: 978-84-08-26831-4

Depósito legal: B. 305-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

*Abril de 2012*

Se me arruga la nariz. Aprieto los ojos, cerrados con fuerza. Al despertarse, el cerebro me late horriblemente. Abro un ojo y me encuentro frente a frente con una botella vacía que casi me roza la nariz. Gruño y me pongo boca arriba para alejarme de ella. Joder. Tengo la cabeza como si todo un ejército estuviese desfilando por ella.

Con un suspiro, levanto la mano y me la apoyo en la frente intentando comprimir el dolor. Analgésicos. Necesito analgésicos. Y agua. Joder, necesito agua.

Me incorporo a duras penas apoyando los codos y echo un vistazo a la habitación en busca de más evidencias de que ha sido una noche dura. Mi ropa está en el suelo, pero no veo la de nadie más. Ningún sujetador, ningunas bragas. Enarco una ceja sorprendido. No me digas que me fui a la cama solo.

—¿Agua? —Me sobresalto y miro hacia la puerta del baño, donde encuentro a una mujer desnuda (no recuerdo su nombre), apoyada en el marco, con un vaso en la mano—. Tienes pinta de necesitarla.

Otra mujer aparece tras ella, también desnuda, excepto por la sonrisa que luce. El nombre de esta sí que lo conozco bien. Joder, ¿en qué estaba pensando para invitar a Coral otra vez?

Esta mujer está enamorada de mí. Y no son presunciones mías. Me lo ha dicho. En varias ocasiones. Sabía que acostarme con ella y con su marido para satisfacer sus fantasías salvajes era un error. Ahora lo ha dejado. Ahora tengo a un madero cabreado detrás. Y ahora me acepta llegue como llegue, siempre borracho y, anoche, incluso con otra mujer.

—¿Te ayudo a levantarte?

Vale, con dos mujeres.

«Eres un puto desastre, Ward. Un puto desastre fuera de control.»

Me dejo caer sobre el colchón y me tapo con la sábana hasta la cabeza.

—¿Hay alguna más escondida por ahí? —pregunto.

Joder, no recuerdo una mierda.

Oigo que la puerta de la habitación se abre y, después, silencio.

Entonces...

—Vale, se acabó la orgía —dice Sarah, que suena tan poco impresionada como de costumbre. Menuda jeta. Seguro que se ha pasado toda la puta noche azotando a un tío tras otro—. Largo —ordena.

—Soy socia de pago —responde una de ellas totalmente indignada.

—No si cancelo tu cuenta —le espeta Sarah con suficiencia—. No hace falta que os vistáis —añade.

Me asomo por debajo de las sábanas y veo que está recogiendo ropa del suelo a los pies de la cama y lanzándosela a las chicas. Está cabreada. Está cabreada porque esta noche había tres mujeres en mi cama y ella no era una de ellas.

Las acompaña hasta la puerta, cierra de un portazo y empieza a recoger varios juguetes del suelo y a lanzarlos a una cesta para llevarlos a lavar.

—¿Por qué no te quedaste en tu piso anoche? —pregunta.  
—Allí me siento solo.

Dejo caer las piernas por el lateral de la cama y me pongo de pie. Y me tambaleo. Y gruño. Joder, ¿por qué me castigo de esta manera? Como para responderme, un millón de *flashbacks* desfilan por mi cabeza dolorida y me recuerdan todos mis errores. Como si hiciera falta recordármelos. Pero, por si acaso, la cicatriz decide darme unas punzadas también, y me la froto mientras me dirijo al cuarto de baño. Noto la mirada de Sarah en mi espalda.

—¿Qué hora es? —quiero saber.

—Demasiado pronto para beber.

—Que te den por culo —mascullo entre dientes y abro la ducha.

Nunca es demasiado pronto para beber. «Nunca es demasiado pronto para escapar.»

—Tienes una cita con tu abogado a las tres, ¿recuerdas? Para firmar los papeles de tu nueva casa. He gestionado la transferencia.

—¿Cuándo me mudo? —pregunto; me meto en la ducha y me quedo ahí, parado, dejando que el agua caliente arrastre la vergüenza de la última noche y deseando al mismo tiempo que pudiese llevarse también mis remordimientos, mi pasado, a mí.

—Este sábado no, el siguiente. La promotora celebra la inauguración el viernes por la noche, después será todo tuyo.

Miro hacia la puerta del baño cuando Sarah aparece y se apoya en el marco. Tiene que dejar de una vez de meterse toda esa mierda que se mete en la cara. Le está haciendo el efecto contrario, y parece más vieja en lugar de más joven.

—¿Así que mi nuevo apartamento estará lleno de desconocidos paseándose y ensuciándolo todo?

—Está en el contrato. La promotora nos ha asegurado que lo dejarán como nuevo antes de que te mudes.

Me dispongo a lavarme el pelo.

—¿Y qué más?

—Tenemos que hablar sobre las nuevas habitaciones. La decoración, el diseño, la disposición, el equipamiento y todas esas cosas.

Empiezo a formar espuma y cierro los ojos intentando disfrutar del agua mientras Sarah me incordia.

—John las equipará —le explico—. Y en cuanto a la decoración, llama a la empresa que se ha encargado de mi casa nueva.

—¿A la que ha decorado el Lusso?

—Sí, ¿por qué no? Toda esa mierda italiana queda fantástica —digo con total sinceridad.

El ático del que ahora soy propietario es increíble, pero la decoración... Sí, quienquiera que lo haya decorado sabe lo que se hace. Es muy buena. Excelente. Con mucho gusto. Y si algo tiene La Mansión es gusto. Aparte de orgías y actividades ilícitas, claro. Sonrío y me enjuago el pelo pensando en que Carmichael estaría orgulloso de en lo que se ha convertido. Entonces me hundo al pensar en lo decepcionado que estaría de ver en lo que yo me he convertido.

Me estremezco y sacudo la cabeza de lado a lado para librarme de estos pensamientos.

—¿Qué hora es? —pregunto mientras salgo de la ducha.

Sarah no se molesta en controlar su mirada lasciva.

—Sigue siendo demasiado pronto para beber. —Coge una toalla del toallero y me la lanza—. Voy a llamar a Rococo Union —dice, tras lo cual se marcha y me deja en paz.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es Rococo Union?

—Los diseñadores de tu nuevo y estiloso ático —responde—. ¿Qué quieres que les diga cuando me pregunten de qué tipo de establecimiento se trata?

Me acerco al espejo e inmediatamente aparto la vista del

hombre empapado que me mira desde el otro lado. Mis ojos verdes están apagados y tengo la piel cetrina.

—Diles que es La Mansión y ya está. No es necesario que les hagas un resumen de todo lo que pasa entre sus paredes, Sarah.

—¿Por qué? ¿Te avergüenza?

No me molesto en contestarle. Sabe muy bien que me importa una puta mierda lo que la gente pueda pensar de mí o de mi establecimiento. Simplemente no me apetece alimentar su curiosidad.

Mientras desciendo la amplia escalera hacia el vestíbulo, John sale del bar. Lleva puestas sus gafas de sol envolventes, como siempre, pero sé que está entornando los ojos tras las lentes. Cuando llego al final estiro mis isquiotibiales y saludo con un gesto de la cabeza al personal que pasa.

—¿Todo bien? —pregunto.

Su cara permanece impassible.

—¿Has vuelto a pasar aquí la noche?

Lo miro con aire cansado, pero decido guardarme la respuesta porque, si alguien merece respeto en esta tierra, ese es John.

—Voy a correr un rato.

Necesito limpiarme las telarañas. Y quemar el alcohol. Y expiar mis pecados.

Me dirijo a la puerta.

—Oye, dime una cosa —pide deteniéndome. No me vuelvo—. ¿Por qué cojones te has gastado millones en un ático cuando puedes dormir aquí todas las noches?

Es una pregunta razonable. Me doy la vuelta para mirarlo mientras me llevo el talón al culo para estirar el muslo.

—Es una inversión.

¿En qué otra cosa iba a gastarme el dinero si no? Mi coche está pagado, mis motos están pagadas, este lugar está pagado, no tengo que pagar por el gimnasio, ni por la comida, ni por la bebida...



Ni por el sexo.

Y tampoco tengo a nadie en quien gastarme el dinero.

—Estamos aquí para pasarlo bien, John.

Niega con la cabeza y sé que está pensando que el tío Carmichael se revolvería en su tumba.

—O —empieza— quizá te lo has comprado porque esa minúscula parte de tu enfermo cerebro que suele hacer su aparición casi todas las mañanas cuando te despiertas con dolor de cabeza y unas cuantas mujeres en la cama te está diciendo que tienes que dejar este estilo de vida de una puta vez.

Da media vuelta y se dirige de nuevo al bar.

Sí, tal vez sea eso también.

—¡Vete de vacaciones, Jesse! —me grita.

—Acabo de volver de Cortina.

—Eso no eran unas vacaciones. Era un cambio de escenario —dice, y desaparece en el bar mientras yo suelto el talón.

Tiene razón, por supuesto, pero en mi defensa he de decir que fui con buenas intenciones. Pretendía desintoxicarme, por decirlo de alguna manera. Pero luego tropecé con el minibar y unas cuantas suecas cañón y mi plan se fue al garete.

De repente la cabeza me late con fuerza de nuevo y me quedo mirando el vestíbulo de La Mansión. La opulencia y la majestuosidad abundan de esquina a esquina. Del suelo al techo. Cada centímetro de este lugar rebosa sofisticación. Miro la escalera que da a las suites privadas. ¿Por qué diablos no iba a querer dormir aquí todas las noches?

«Porque te está matando lentamente. Huye.»

Doy media vuelta y echo a correr. Y no paro. No durante kilómetros. La cabeza se vacía, el cuerpo se relaja. Me centro en la sensación de los pies golpeando el suelo constantemente. Qué paz.

Y esa sensación de libertad no hace sino intensificarse cuanto más me alejo de La Mansión.